



David Pavón-Cuéllar

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México)

david.pavon@umich.mx

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1610-6531>

Recibido: 20 de marzo de 2022

Aceptado: 28 de junio de 2022



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7327698>

Sección: *Dossier*

PE
Psicología
y Educación

La nueva subjetivación insurrecta contra el capitalismo patriarcal, colonial y ecocida en su fase neoliberal y neofascista

Resumen

Recientes acciones colectivas impulsan formas de subjetivación insurrecta que son a la vez anticapitalistas, antipatriarcales, anticoloniales y anti-ecocidas. Es así como emergen sujetos cuya oposición al sistema los enfrenta orgánicamente al capitalismo, al machismo, a la homofobia y a otras formas de sexismo, al racismo cultural o biológico y a la devastación global de la naturaleza. Los sujetos insurrectos responden al giro neoliberal y neofascista de un sistema capitalista que revela descaradamente su funcionamiento explotador y opresor, clasista y elitista, pero también racista, colonial y heteropatriarcal, así como devastador, mortífero, ecocida. El presente artículo discute este descaro, lo compara con el del capitalismo industrial que posibilitó los descubrimientos de Marx y Engels, considera las implicaciones subjetivas de la nueva exacerbación de las desigualdades, analiza la actual radicalización y polarización de las sociedades, reflexiona sobre la blanquitud simbólica neocolonial, racista y xenófoba, y profundiza en la manifestación emocional del capital subjetivado en la pasión por lo muerto y contra lo vivo.

Palabras clave: Capitalismo, Insurrección, Neofascismo, Neoliberalismo, Subjetivación.

The new insurgent subjectivation against patriarchal, colonial and ecocidal capitalism in its neoliberal and neo-fascist phase

Abstract

Recent collective actions promote forms of insurgent subjectivation that are at once anti-capitalist, anti-patriarchal, anti-colonial and anti-ecocidal.

This is how subjects emerge whose opposition to the system organically confronts them with capitalism, machismo, homophobia and other forms of sexism, cultural or biological racism and the global devastation of nature. The insurgent subjects respond to the neoliberal and neo-fascist turn of a capitalist system that brazenly reveals a functioning that is exploitative and oppressive, classist and elitist, but also racist, colonial and heteropatriarchal, as well as devastating, deadly, ecocidal. This article discusses this revelation, compares it with that of industrial capitalism that made the discoveries of Marx and Engels possible, considers the subjective implications of the new exacerbation of inequalities, analyses the current radicalization and polarization of societies, reflects on the neo-colonial, racist and xenophobic symbolic whiteness, and delves into the emotional manifestation of capital subjectified in the passion for the dead and against the living.

Keywords: Capitalism, Insurrection, Neo-fascism, Neoliberalism, Subjectivation.

Descaro del capitalismo industrial

Hay momentos de la historia en los que todo parece

aclararse. Es como si de pronto se encendiera una luz y descubriéramos atónitos que nos encontramos en otro lugar del que imaginábamos. El mundo imaginado se despeja como la bruma y cede su lugar al mundo real que aparece de manera súbita y sorpresiva.

La situación a la que me refiero sucedió a mediados del siglo XIX y contribuyó a desencadenar la efervescencia revolucionaria de aquella época. También estuvo en el origen de muchos de los descubrimientos de Karl Marx y Friedrich Engels. Una gran parte de lo que descubrieron fue lo que su mundo les descubrió al transparentarse ante ellos.

Marx y Engels, con su honestidad acostumbrada, reconocieron lo que le debían a su momento histórico marcado por el avance del capitalismo industrial y de la sociedad burguesa. Este avance, como nos lo explican en la *Ideología alemana*, "destruyó donde pudo la ideología, la religión, la moral, etc., y, donde no pudo, las convirtió en mentira palpable" (Marx y Engels, 1846, p. 52). De pronto la mentira se delató como tal, como la mentira que era, y exhibió su verdad a quienes quisieran verla.

Es como si la sociedad capitalista empezara, con su desvergüenza, la crítica de la ideología que luego se continuó en la tradición marxista. Marx, Engels y sus seguidores, en efecto, únicamente prosiguen el movimiento histórico de revelación por el que todo parece aclararse a mediados del siglo XIX. Este movimiento se describe en el *Manifiesto comunista* como un proceso por el que se desgarró el velo de ideología con el que se disimulaba

la explotación. Pasamos así de “la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas” a una “explotación abierta, descarada, directa y brutal” como la que será denunciada en el marxismo (Marx y Engels, 1848, p. 120).

El Capital de Marx (1867) profundiza y sistematiza el impúdico desnudamiento de la explotación en esos tiempos que Eric Hobsbawm (1975) describió como “la era del capital”. El descaro del capitalismo industrial es el que lo aclara todo a mediados del siglo XIX. Es el que permite descubrir la expoliación, la enajenación y la deshumanización que aún se mantenían encubiertas en épocas anteriores, en el feudalismo y en el incipiente capitalismo de tipo mercantilista y manufacturero.

El pasado se aclaró en el presente de Marx. Su tiempo de claridad fue como el último capítulo de una larga novela policiaca, el desenlace en el que nuestro astuto detective Marx resolvió el crimen perfecto del sistema capitalista, gracias no sólo a su habilidad, sino al descaro del capitalismo al perpetrar los crímenes de la gran industria. Este imprudente descaro fue aquello por lo que el capital se delató hace ya casi doscientos años, desencadenando así, en parte gracias a Marx y Engels, una ola de furiosas luchas populares que pusieron límites al sistema capitalista.

Descaro del capitalismo neoliberal y neofascista

Los pueblos insurrectos y revolucionarios obligaron al capitalismo a moderarse y disimularse, a volverse discreto y hacer concesiones, como única vía de supervivencia en un ambiente hostil y agitado.

Fueron los tiempos del keynesianismo, el Estado de Bienestar y las políticas redistributivas en el contexto de la Guerra Fría, el socialismo real, los partidos comunistas, el sindicalismo triunfante, los grandes movimientos de masas y la proliferación de las guerrillas latinoamericanas (Obinger y Schmitt, 2011; Pedrosa, 2011). Esta lucha de clases planetaria fue ciertamente esperanzadora, pero terminó con una estrepitosa y arrolladora victoria del capital de la que no hemos conseguido recuperarnos (Schram, 2015; Giroux, 2015; Plehwe, 2016).

La victoria del capital que aún sufrimos, que aún cierra nuestro horizonte, fue decidida por la fuerza y marcada por dos actos criminales altamente simbólicos: el inicial, el ataque de 1973 contra el Palacio de la Moneda en Santiago de Chile, y el final, el otro ataque de 1993 contra la Casa Blanca del Parlamento Ruso en Moscú (Klein, 2007). Sabemos que ambos ataques fueron acompañados por una brutal represión contra las personas. Esto era previsible, pues los ataques fueron contra la democracia, contra la voluntad popular, contra los pueblos, contra los mayoritarios, contra los de abajo, y a favor de unos cuantos, a favor de los de arriba, a favor de su dinero, a favor del capital.

Ahora, después del fragor de las batallas, el capital victorioso puede al fin perder la compostura, entregarse a sus excesos y delatarse una vez más. Es como si, tras dejar atrás la amenaza comunista, el capitalismo volviera confiadamente a mostrarse como lo que es, perdiendo toda cautela, todo recato. El capital recobra un poder abierto y

absoluto sobre gobiernos reducidos una vez más a sus funciones policiales y administrativas a favor de los sectores dominantes.

La riqueza de la sociedad, convertida en presupuesto estatal, se transfiere sin disimulo de los programas sociales a los rescates bancarios y los apoyos a inversionistas. Lo privado gana terreno sobre lo público en todas las esferas de la sociedad. Los derechos ceden su lugar a los privilegios. Las exenciones de impuestos para los ricos dejan de ser la excepción para convertirse en la regla, mientras que la recaudación en las clases populares tiende a ser cada vez mayor, lo cual, por cierto, se ha evidenciado en la reforma tributaria que fue el detonante de recientes protestas en Colombia (Hernández Mora, 2021, 28 de abril).

Todo contribuye a profundizar el abismo entre los de arriba y los de abajo. Los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Es la tendencia y se cumple de manera implacable, pase lo que pase, incluso cuando se trata de tragedias. La pandemia de coronavirus, por ejemplo, sumió a un centenar de millones de personas en la extrema pobreza, pero aumentó en un 24% la fortuna de las veinte personas más acaudaladas en el mundo (Pérez y Aranda, 2020, 31 de diciembre).

Al final, como lo demuestran diversos indicadores, hemos regresado a los extremos decimonónicos de injusticia generalizada, explotación salvaje, desigualdades abismales, vertiginosa concentración de la riqueza y ostentación de la opulencia colindando con la mayor miseria (Navarro, 2007; Piketty, 2013).

Es el mismo descarado de hace doscientos años. Es también la misma claridad, la misma revelación.

Recordemos que el capitalismo industrial del siglo XIX fue revelador por ser descarado. El descarado y su efecto de revelación han sido aún mayores en el capitalismo neoliberal de finales del siglo XX. Hoy en día, con el giro neofascista y autoritario del mismo neoliberalismo, el capital parece descararse aún más.

Estamos una vez más en una época de obscena claridad. Todo se aclara gracias a la desvergüenza del capital y de sus portavoces, gracias a la impudicia de nuestros gobernantes y de los empresarios que los gobiernan, gracias al cinismo que ya denunciaran primero Peter Sloterdijk (1983) y luego Slavoj Žižek (1989) hace más de tres décadas. La política se ha vuelto cada vez más cínica, lo que no quiere decir que sea cada vez más verdadera, pues el cinismo ha llegado al extremo de atravesar la verdad, superarla, dejarla atrás.

Estamos en la post-verdad (McIntyre, 2018). Ya ni siquiera existe un criterio de verdad que limite el tono de los discursos políticos. El cinismo es tan grande que se miente despreocupadamente, desvergonzadamente, sin el esfuerzo de ocultar que se miente, sin que la verdad importe de ningún modo.

Ciertamente los neoliberales Margaret Thatcher y Ronald Reagan ya eran bastante cínicos, pero su cinismo no es nada comparado con el de Álvaro Uribe en Colombia o el de Boris Johnson en el Reino Unido. El mismo cinismo se acentuará todavía más entre ultraderechistas y

neofascistas como Donald Trump, Jair Bolsonaro, Viktor Orbán en Hungría o Narendra Modi en India. Estos líderes, con sus personalidades y actitudes tan características, no son más que expresiones particularmente exitosas de lo mismo que se manifiesta en miles de políticos o periodistas y en millones de seres anónimos que pululan en las redes sociales y que replican una y otra vez el mismo cinismo.

Si hemos llegado a lo que se manifiesta en Jair Bolsonaro y en millones de seres análogos, es porque antes pasamos por aquello que se desplegaba en Thatcher y en Reagan, así como en Pinochet, Salinas, Yeltsin, Menem, Fujimori y tantos otros. También estamos donde estamos porque partimos de aquello a lo que se referían Marx y Engels, entre 1846 y 1848, al referirse a la impudicia capitalista. Es un mismo camino el que nos condujo desde el capitalismo industrial hasta el neoliberal y finalmente al neofascista más o menos encubierto y a sus innumerables expresiones microfascistas. El neofascismo exagera el cinismo neoliberal que ya es por sí mismo una exacerbación del cinismo capitalista industrial.

Colonialidad, heteropatriarcado y ecocidio

Es el mismo capital el que avanza y se confía cada vez más, el que se vuelve cada vez más cínico y descarado, cada vez más excesivo y obsceno, cada vez más insolente y arrogante, primero en el capitalismo industrial y luego en el neoliberal y por último en el neofascista. Hemos llegado así finalmente al punto de mayor transparencia en el que mejor podemos apreciar todo lo que es el

sistema capitalista. Es el mismo capitalismo, tan seguro de sí mismo, el que se ha desnudado ante nosotros a través del neofascismo y ha dejado ya de ocultarnos su despiadado juego explotador y opresor, clasista y elitista, pero también racista, colonial y heteropatriarcal, así como devastador, mortífero, ecocida.

Escuchemos con atención a los neofascistas. Nos están diciendo algo muy importante. Lo que habla sin ambages por su boca es el capital dispuesto a confesarnos todo lo que es.

Lo primero que nos confiesa el capital a través de los neofascistas es su mentira constitutiva. El capital no deja de mentir: simula intercambios equitativos que siempre son inequitativos; pretende producir mercancías para satisfacerlos y solamente las produce para venderlas y enriquecerse; nos hace creer que produce riqueza y solo destruye la riqueza de nuestras vidas y del mundo para acumular más y más dinero. Para mentir, el capital se esfuerza en parecer sincero a través de la sinceridad forzada característica de sus empresarios y sus políticos. Esta sinceridad se trasciende a sí misma en el cinismo neofascista con su post-verdad en la que el capital nos confiesa, paradójicamente, lo mentiroso que es. La confesión es muy efectiva. Es como si el capital nos dijera por la boca del neofascista: "Soy tan sincero que no me preocupa mostrarte que te miento y por eso debes creer en mí". Este cinismo de la post-verdad es algo también distintivo del capitalismo que opera en la publicidad y en la industria cultural y que ahora podemos descubrir a través de los neofascistas. Bolsonaro es como un mal actor de Hollywood que debe actuar mal,

siempre igual, sin esforzarse en ser otro de quien es, para enamorar así a sus fans al convencerlos de su sinceridad.

Lo segundo que el capital nos confiesa en el neofascismo es bastante obvio, es la incompatibilidad del capitalismo con la democracia, la justicia y la igualdad. Esta incompatibilidad se pone de manifiesto en el clasismo y elitismo de los neofascistas, en su pasión por las desigualdades sociales o nacionales o raciales, en su reivindicación de la jerarquía y de la autoridad, en su desprecio por los derechos, en su defensa de los privilegios, en su "plutofilia", su adoración por los ricos, y en su "aporofobia", su aversión hacia los pobres (Cortina, 2017; Terradillos, 2020).

Además de confirmar un funcionamiento socioeconómico bien conocido, los neofascistas evidencian, en tercer lugar, algo menos obvio relativo a las determinaciones culturales, sexuales e ideológicas del sistema capitalista. La determinación heteropatriarcal del capitalismo, por ejemplo, se revela en el sexismo, la misoginia, el machismo y la homofobia de Bolsonaro y los demás exponentes del neofascismo. El racismo, la xenofobia y la occidentalofilia de estos mismos personajes, tan patente en el golpe de Estado de noviembre de 2019 en Bolivia, nos descubre la colonialidad inherente al sistema capitalista con su fundamental sesgo cultural que Bolívar Echeverría (2007, 2014) designó con el término de "blanquitud". Por último, el carácter devastador y mortífero del capital, su operación básica de transmutación de todo lo vivo en dinero muerto, es lo que se manifiesta de manera desvergonzada en medidas ecocidas

como aquellas con las que Trump contribuyó al calentamiento global o aquellas otras con las que Bolsonaro está poniendo en peligro el Amazonas, el pulmón del planeta.

No es casualidad que los mayores enemigos del medio ambiente sean los más entusiastas partidarios del capitalismo salvaje neoliberal. Tampoco es casual que estos mismos aliados incondicionales del capital sean abiertamente racistas, así como desvergonzadamente sexistas, misóginos, machistas y homófobos. Deben ser todo lo que son, y serlo en exceso y sin recato, para constituir adecuadas subjetivaciones del capital en su fase neoliberal y neofascista. En esta fase caracterizada por el descaro y la desmesura, el capitalismo sólo puede realizarse plenamente a través de sujetos que no tengan límites y que no retrocedan ante nada.

La subjetividad neoliberal y neofascista nos permite conocer algunos de los aspectos más fundamentales del capital subjetivado en ella. Estos aspectos, que a veces pasan desapercibidos en la realidad objetiva, se traicionan así en sus eslabones subjetivos. Las opciones de los sujetos de la derecha y la ultraderecha nos dicen mucho sobre la relación destructiva y explotadora que el capital establece con lo salvaguardado por la naturaleza, por las mujeres y por otras culturas.

Las culturas que resisten contra la modernidad occidental capitalista son desvalorizadas, marginadas e incluso anuladas a través de formas etnocéntricas, racistas y xenófobas de subjetivación del capital. De igual modo, el capital no deja de subjetivarse a través de aquellos hijos del patriarcado, perfectos

capitalistas, que se entregan a su asertividad, su egoísmo, su posesividad, su violencia y su competitividad mientras confinan y explotan en las mujeres aquellos otros atributos humanos, como el cuidado, la generosidad, el sentido comunitario y la capacidad de auto-sacrificio, que resultan indispensables para la reproducción de la vida, pero sumamente peligrosos para la reproducción del mismo capital. Por último, para poder seguir expandiéndose y acumulándose cada vez más, el capital necesita subjetivarse a través de especistas y ecocidas a los que no les importa extinguir a las demás especies y destruir el planeta simplemente por su afán de lucro, es decir, para interpretar el papel subjetivo con el que realizan el proceso capitalista objetivo de transmutación de lo vivo en más y más dinero muerto.

Necrofilia

Como ya lo comenté, el capital subjetivado por famosos líderes ecocidas, machistas y sexistas como Trump o Bolsonaro es el mismo que se vuelve masa de millones y millones de exponentes anónimos de la nueva derecha y ultraderecha. Me refiero a esos seres que proliferan en las redes sociales y que manifiestan descaradamente su adhesión al capitalismo y su animadversión o su desprecio hacia pobres, desempleados, obreros, comunistas, anarquistas, feministas, mujeres, lesbianas, homosexuales, indígenas, migrantes, negros, africanos, chinos y hasta bosques y animales. Con la dudosa excepción de los embriones humanos, todo lo vivo es desdeñado u odiado por esta gente que solo parece valorizar abstracciones muertas, inertes,

inanimadas, como el dinero, las mercancías, las marcas, la divinidad, la blancura de la piel o las banderas y pasaportes de países ricos.

La pasión por lo muerto y contra lo vivo es una elocuente manifestación emocional del capital subjetivado. Así como el capital es un proceso de transmutación de la vida en más y más dinero muerto, así la subjetivación del capital da lugar a esa necrofilia que es tan característica de la derecha y que se torna explícita en la reveladora ultraderecha. Una de las mejores personificaciones actuales de la necrofilia capitalista es el expresidente colombiano Álvaro Uribe con sus retribuciones a cambio de cadáveres (Moreno Castillejo, 2016). Otra formulación aún más clara y paradójica de la misma necrofilia es la vieja consigna franquista de "¡viva la muerte!" forjada por José Millán-Astray (Rojas, 1995).

Clamar algo como "¡viva la muerte!" no es tan sólo celebrar la muerte o el fin de la vida o incluso la aniquilación de lo vivo. Es también expresar un extraño deseo de vida para lo muerto, para lo inerte, como lo es la bandera, la divinidad, el dinero, el capital. Es como querer que algo tan muerto como el capital siga estando tan vivo como lo está por vivir de nuestras vidas. Es, entonces, como un voto de que aquello que Marx (1867) se representa como el "vampiro" del capital siga viviendo al absorber la "sangre viva" (p. 179). Es, por consiguiente, una defensa de nuestra condición de zombis, de muertos vivos y vivívoros, a la que se nos reduce en el capitalismo.

¿Acaso no somos como zombis cuando nuestra vida entera se ve subsumida y alienada

en el proceso capitalista, explotada como fuerza de trabajo y de consumo del capital, convertida en capital del capital, fracción variable del capital, vida con la que vive el capital muerto? Esto es lo que subyace a la experiencia de sólo vivir para trabajar y consumir, es decir, para producir y realizar el plusvalor del que se nutre el capital o bien para contribuir a reproducir las condiciones de su producción y realización. Es lo que hacemos casi todo el tiempo, en casi todo lo que hacemos, casi todo siendo provechoso para el capitalismo, casi todo estando subsumido en el proceso capitalista, lo mismo cuando cumplimos nuestras obligaciones, desempeñando funciones productivas o reproductivas en el sistema, que cuando satisfacemos nuestras necesidades o deseos en alimentos, comunicaciones, viajes, pasatiempos, aprendizajes y lo demás que vivimos al generar dividendos.

Subjetivar el capital o subjetivarse contra él

En casi todo lo que hacemos, operamos como engranes del capital, momentos de su existencia, ocasiones para su realización, eslabones de su proceso productivo y reproductivo, apéndices de sus máquinas y mecanismos de su mecánica. Todo esto es lo que somos al insertarnos en el sistema capitalista y al hacer aquí lo que nos corresponde. ¿Qué nos corresponde? Ser funcionales, reproducir el sistema, pensar el pensamiento único y actuar en consecuencia, posibilitar así la acumulación del capital, producir y realizar el plusvalor, ganar dinero y gastarlo, vender y comprar, vendernos y revendernos, trabajar y consumir, consumirnos y endeudarnos.

Lo que nos corresponde a cada momento, al ocupar nuestro lugar en el sistema capitalista, es aceptar las condiciones que se nos imponen y hacer lo que se espera de nosotros. Es obedecer y no cuestionar, someternos al poder y no desafiarlo, circular por las calles y no bloquearlas, transportarnos y no manifestarnos, ir de compras y no a las protestas, generar ganancias y no pérdidas para los empresarios. Lo que nos corresponde así es adaptarnos y no importunar, ceder y no resistirnos a la seducción publicitaria, percibirlo todo a través de los filtros mediáticos y nunca desconfiar de ellos, sostener y no subvertir el orden establecido, reproducir y no interrumpir el proceso capitalista, subjetivar el capital y no subjetivarnos contra el capital.

El capitalismo y el anticapitalismo son las únicas dos posibilidades concretas de subjetivación en el campo de batalla en el que nos encontramos. En este campo de lucha de clases, no hay manera de ser un sujeto neutral. Nuestra subjetividad misma se constituye a favor o en contra del sistema capitalista, lo que no significa, desde luego, que tal constitución tenga un carácter monolítico, integral, o permanente, definitivo.

No es ni totalmente ni para siempre que un sujeto se constituye a favor o en contra del capital. Esta constitución ocurre a cada momento y solo involucra ciertos aspectos o facetas del sujeto, lo que suscita en él profundas tensiones, contradicciones y divisiones. Por otro lado, el sujeto no tiene ocasión de posicionarse desde fuera y de modo libre y consciente ante el sistema capitalista, sino que se encuentra ya dentro del sistema y es aquí

donde se le imponen sus posiciones, las cuales, al ser inmanentes al sistema, suelen ser inconscientes para él. Estas posiciones, por lo mismo, no lo son con respecto al sistema en bloque, sino sólo ante ciertas expresiones sistémicas puntuales que afectan esferas limitadas, como la sexual o la económica laboral, y que solo revelan dispositivos precisos del sistema que pueden aparecer como sólo especistas o coloniales o heteropatriarcales, disimulando sus vínculos internos con los demás dispositivos.

Lo interesante del actual capitalismo neoliberal y neofascista es precisamente su revelación de los vínculos internos estructurales por los que el capital está inextricablemente unido con su fundamento heteropatriarcal, con su desenvolvimiento colonial y con sus tendencias intrínsecas especistas y ecocidas. Esto favorece que haya nuevas formas de subjetivación insurrecta que sean a la vez, al mismo tiempo y por el mismo gesto, anticapitalistas, antipatriarcales, anticoloniales y antiecocidas. Lo que se favorece, en otras palabras, es el surgimiento de sujetos cuya oposición al sistema los enfrenta orgánicamente y no sólo simultáneamente al capitalismo, al machismo, a la homofobia y a otras formas de sexismo, al racismo cultural o biológico y a la devastación global de la naturaleza.

Radicalidad a la izquierda

La referida subjetivación es un signo de nuestra época. Desde hace varios años la vemos ganar cada vez más terreno. Tras aparecer en la izquierda radical y determinar su modelo de subjetividad, la vemos imponerse en la gigantesca insurrección

que ha convulsionado al mundo entero tras la crisis económica de 2008. Este proceso hace que la insurrección mundial sea vista frecuentemente como una movilización de la izquierda radical, aun cuando no lo sea en su conjunto, pues bien sabemos que ha sido tan espontánea como diversa, que sólo ha sido acompañada y no dirigida ni encuadrada por las tradicionales organizaciones radicales de izquierda y que a veces ha sorprendido por su moderación o ha degenerado en formas ultraderechistas de neofascismo y de fundamentalismo religioso.

A pesar de todo, podemos afirmar que la insurrección mundial ha sido *también* una insurrección de la izquierda radical. Entiéndase: no ha sido sólo eso, pero ha sido *también* eso. Lo ha sido por coincidir en sus ideales y demandas con las organizaciones de izquierda radical y por sublevarse contra la derecha y contra la moderación y derechización de la izquierda en varios gobiernos. Lo ha sido también por ser de abajo y popular, por ser horizontal y radicalmente democrática, por denunciar los privilegios y oponerse a las élites privilegiadas y, asimismo, lo que aquí más nos interesa, por favorecer la subjetivación anticapitalista, antipatriarcal, anticolonial y antiecocida. Esta subjetivación está produciendo en las calles de Chile y Colombia, entre mantas, pintas, consignas y bombas molotov, a un sujeto que representa fielmente lo que hoy se considera ser de izquierda y serlo además de modo radical.

Hay que pensar aquí la radicalidad, tal como la entiende Marx (1843), en su estricto

sentido etimológico. Ser radical en una lucha no significa necesariamente luchar de modo extremo, intolerante o violento, sino simplemente ir a la raíz de aquello contra lo que se lucha. Es, ahora mismo, ir a la raíz de aquello contra lo que se ha levantado insurrección mundial. Y la raíz es aquí el capitalismo neoliberal y neofascista, pero es también lo que se revela en la transparencia de este capitalismo descarado. Es también el heteropatriarcado, la colonialidad y el ecocidio generalizado (ver Pavón-Cuellar, 2020a).

Las raíces mortíferas, coloniales y patriarcales del capitalismo

No es verdad que el combate antiecocida, anticolonial y antipatriarcal se ande por las ramas. No es verdad que se distraiga con pequeños problemas superestructurales y que eluda la raíz, la infraestructura o base de lo que sufrimos, que es el capitalismo. Desde luego que el sistema capitalista es la raíz pivotante o fusiforme de lo que sufrimos, pero esta raíz primaria, por así decir, tiene sus propias raíces que no se distinguen de ella misma. Estas raíces están en el heteropatriarcado, la colonialidad y el ecocidio.

Una raíz del capitalismo está en la operación mortífera ecocida que está devastando la naturaleza y que nos hace asistir impotentes al fin del mundo (Broszimmer, 2002; Whyte, 2020). Esta operación es quizás la más grave y al mismo tiempo la más fundamental y elemental del capitalismo. Es, primero, la aniquilación de todo lo vivo dentro y fuera de nosotros, la destrucción lucrativa de nuestra existencia y de la naturaleza,

de la riqueza biológica de los bosques y de la intensidad vital de nuestras propias experiencias. Es, después, la reducción de todo lo vivo a materias primas y a fuerza de trabajo y de consumo para su posterior explotación y transmutación en más y más dinero muerto y en lo que resta de la operación, más y más residuos contaminantes. Algunos de estos residuos ensucian los ríos y lagos, recubren los océanos, ensombrecen los cielos, sobrecalientan el planeta e intoxican y enferman nuestros cuerpos. Otros residuos tóxicos y patógenos son los ideológicos, los que enturbian, envenenan y destruyen las mentes, produciendo ahí cánceres y otros disfuncionamientos comparables a los de nuestros cuerpos. Es verdad que no sabemos casi nada sobre nuestra naturaleza, excepto que está siendo aniquilada por el capital.

Otra raíz del sistema capitalista es la colonialidad (Marx, 1867; Quijano, 2019). Es, por un lado, el origen cultural europeo del capitalismo, su filiación grecorromana y judeocristiana, su ética protestante calvinista, su constitución ideológica noroccidental, su blanquitud esencial y su eje moderno anglosajón, británico y estadounidense. Es, por otro lado, la gestación del capitalismo en las minas de oro y plata del Nuevo Mundo, su nacimiento y renacimiento en la acumulación primitiva impuesta en el mundo entero, su desarrollo a través del comercio colonial de esclavos y de otras mercancías, su división internacional del trabajo, su concentración en Europa y Estados Unidos, su explotación del norte para explotar al sur, su necesidad de una periferia colonizada en la que se produce el plusvalor que se realiza en el

centro, su expansión incesante para conseguir sus materias primas, para colocar sus productos y para fabricarlos con fuerza de trabajo a bajo costo.

Otra raíz más del capitalismo es el heteropatriarcado (Engels, 1884; Hartmann, 1976; Pavón-Cuellar y Capulín Arellano, 2019). Es, en primer lugar, el origen patriarcal de la sociedad de clases, la apropiación privada primigenia de la compañera, la mujer como primera víctima de la explotación, la esclavización y la cosificación. Es, en segundo lugar, la división entre el trabajo masculino remunerado y el femenino esclavizado, entre el productivo y el reproductivo, entre la explotación y la reproducción de la fuerza de trabajo. Es, en tercer lugar, la escisión de la subjetividad entre lo masculinizado y lo feminizado: entre la violencia y el cuidado, entre la posesividad y la generosidad, entre la asertividad y la resignación, entre la actividad y la pasividad, entre la posesión y lo poseído, entre la explotación y lo explotado, entre la competencia y aquello por lo que compete.

Lo humano, lo blanco y lo masculino subsumidos en el capital

No es casualidad que el varón se vea identificado con los mismos rasgos del capital que se asocian con las potencias coloniales y con la humanidad en su relación con las demás especies. Tanto lo humano como lo blanco-europeo y lo masculino adquieren los rasgos del buen capitalista: asertivo, posesivo y competitivo; egoísta, calculador y previsor; astuto, racional y estratégico; frío, impasible y despiadado. Curiosamente, estos rasgos de personalidad son tan característicos del humano en su relación con

los animales como del hombre ante las mujeres, el estadounidense o el europeo ante los demás pueblos y el capitalista ante sus trabajadores.

Es como si se tratara siempre de una misma persona.

Es como si hubiese algo acentuadamente humano, masculino y blanco en las personificaciones del capitalismo (Haraway, 1995). No es que el capitalista esté intrínsecamente blanqueado, masculinizado y humanizado. Es más bien que la humanidad, la masculinidad y la cultura blanca y europea-estadounidense han terminado confundándose con el capital, parecen haberse reducido totalmente a lo que él es, se han subsumido así realmente en él.

El capitalismo refuerza y consolida su poder al fundarlo y situarlo en las posiciones de poder ya existentes. Al mismo tiempo, estas posiciones se ven también reforzadas y consolidadas al asociarse con el capital. De ahí que los jefes y caciques de otros pueblos aceptaran aliarse al capital europeo en el colonialismo. De ahí también que la figura tan equívoca del hombre, síntesis del humano y del varón, pueda llegar a representar los intereses del capitalismo lo mismo ante los demás seres vivos que ante las personas del sexo opuesto. Esto hace que la insurrección anticapitalista exija hoy en día una subjetivación insurrecta contra aquello a lo que se han visto simbólicamente reducidas la humanidad, la masculinidad y la herencia blanca occidental.

El nuevo militante anticapitalista sabe muy bien que no debe subjetivarse contra la blancura física de la piel ni contra la rica civilización europea, sino contra la blanquitud simbólica neocolonial, racista y xenófoba, con la que el capitalismo tiñe amplios sectores gubernamentales,

empresariales y sociales de Brasil, Chile, México, Bolivia o Colombia, y no sólo de la Unión Europea, el Reino Unido, Estados Unidos e Israel. De igual modo, la subjetivación insurrecta no es contra la humanidad, sino contra eso devastador en lo que se ha convertido la especie humana identificada con lo muerto, con el capital, y dissociada con respecto a lo vivo, a las demás especies vistas únicamente como consumibles o descartables. Por último, el sujeto de la insurrección mundial es de algún modo consciente que el problema no es el sexo biológico masculino, sino eso machista, feminicida y homófobo a lo que se ve reducida la masculinidad en la sociedad capitalista.

Polarización y radicalización

Lo que digo es bien sabido o al menos intuido entre muchos de quienes han participado en la insurrección mundial. Muchos de ellos han ido comprendiendo que formar parte de esa insurrección y ser quienes han sido en ella significa de algún modo indigenizarse y feminizarse, luchar en su interior y en su exterior contra el heteropatriarcado, contra la colonialidad y contra el especismo, y no sólo contra el sistema capitalista. O, mejor dicho: su oposición al capitalismo les exige de modo apremiante, insistente y contundente, que se posicionen también abiertamente contra las expresiones ecocidas, machistas, homófobas, racistas y xenófobas del mismo capitalismo en su fase neoliberal y neofascista.

Exacerbándose y descarándose en el neoliberalismo y el neofascismo, el sistema capitalista nos ha revelado todo lo que es y a lo que debemos oponernos al oponernos a él. Todo

esto es lo que se agrega y se anuda en las actuales formas de subjetivación del capital en la derecha y especialmente en la derecha inequívoca, la consecuente, la ultraderecha. Encontramos aquí, en el extremo derecho del espectro político, al otro producto subjetivo de nuestra época en la que todo parece aclararse.

La claridad suscita posiciones extremas. La polarización política es uno de los efectos subjetivos de la revelación objetiva del capital que se vuelve cínico y descarado. Su cinismo y su descarado irritan lógicamente a los anticapitalistas, los enfurecen y así los radicalizan, al tiempo que envalentonan a los derechistas, les dan seguridad y así los empujan hacia posiciones extremas. Estas posiciones derivan directamente del capital cínico y descarado. Como hemos visto, el mayor cinismo y el mayor descarado del capital son precisamente lo que encontramos en la ultraderecha neoliberal y neofascista.

Entre la igualdad y la desigualdad

El ultraderechista de nuestra época es el que defiende furiosamente su capitalismo salvaje con su libre mercado, pero también su religión, su heterosexualidad, su virilidad y su familia tradicional, así como los privilegios ligados a su especie, a su raza, a su nacionalidad, a su clase dominante y a su género masculino.

Además de proceder así defensivamente, el mismo ultraderechista, recordemos, es el que dirige ofensivamente su odio hacia feministas, abortistas, mujeres, homosexuales, ateos, musulmanes, inmigrantes, indígenas, negros, pobres y militantes

de izquierda. Todas estas opciones defensivas y ofensivas del sujeto de la ultraderecha tienen un solo denominador común, a saber, todas ellas presuponen una misma creencia en la desigualdad entre clases, naciones, nacionalidades, regiones, culturas, formas de vida, preferencias sexuales, costumbres, creencias, razas o incluso sexos o especies (ver Pavón-Cuellar, 2020b).

La derecha neoliberal y especialmente la ultraderecha neofascista conciben siempre las diferencias como desigualdades, ya sea en una escala de valor inferior o superior, o bien en escalas jerárquicas de riqueza, poder o derechos negados o concedidos como privilegios. Lo justo aquí es que los ricos y los ciudadanos de un país tengan derechos o poderes que se niegan a pobres y a inmigrantes. En la misma lógica de la desigualdad, puede llegar a considerarse que hay ciertas religiones, razas o culturas que son mejores que otras, que han dado más a la humanidad, que son más racionales o más democráticas o más respetuosas de los derechos humanos, lo que las hace merecedoras de más consideración, riqueza o bienestar.

Un europeo se juzga más competente que un africano. Un varón se ve como alguien más capaz, más ecuánime o más razonable que una mujer. Un conciudadano es considerado más confiable que un inmigrante. Un rico es concebido como alguien que ha merecido su riqueza por ser más trabajador o inteligente que los pobres, por estar mejor educado que ellos o incluso por venir de una mejor familia o por tener un mejor apellido. Los seres son así vistos como desiguales: son más o

menos, mejores o peores, con mayor o menor valía o virtud o capacidad, con mayor o menor mérito, y, por lo tanto, deben tener más o menos derechos o poderes o riquezas.

Ahora bien, así como la derecha y la ultraderecha son opciones por la desigualdad en todas sus formas, así la izquierda es una opción por la igualdad, lo cual, por cierto, ha sido reconocido por quienes más han pensado en el tema, como Jean Lapoultre (1981) y Norberto Bobbio (1996). Ambos y otros nos muestran cómo el igualitarismo resulta indisociable de la izquierda. Esto viene a confirmar la tendencia dominante izquierdista radical de la actual insurrección mundial con su efecto masivo de subjetivación igualitaria: una subjetivación insurrecta contra la desigualdad fáctica y jurídica entre pobres y ricos, entre los de arriba y los de abajo, entre las élites privilegiadas y las masas maltratadas, pero también entre hombres y mujeres, entre heterosexuales y homosexuales, entre conciudadanos e inmigrantes, entre blancos y negros o indígenas, y entre los seres humanos y los demás seres vivos animales y vegetales amenazados por la humanidad.

El rechazo de cualquier desigualdad es un punto crucial en el que vemos coincidir a los diversos movimientos que han confluído en la gran insurrección de los últimos años: movimientos ecologistas y ambientalistas, animalistas y anti-especistas, feministas y militantes del movimiento LGBTTTI, antirracistas y anticoloniales, indígenas y afros, comunistas y anticapitalistas, anarquistas y tantos otros. Estos movimientos engendraron a sujetos que aspiran a establecer relaciones

horizontales entre sí. Tal aspiración es correlativa de un contundente rechazo hacia la verticalidad cínicamente aceptada, promovida y agravada en el capitalismo neoliberal y neofascista.

La diferencia

Sabemos que el avance del neoliberalismo y ahora del neofascismo se ha traducido en un vertiginoso proceso de verticalización de nuestras sociedades. Este proceso ha revertido la redistribución de la riqueza que se dio en los tiempos de los regímenes socialistas y benefactores. Diversos estudiosos, entre ellos Thomas Piketty (2013), nos muestran cómo nuestra generación alcanza niveles de extrema desigualdad que no se conocían desde el siglo XIX. Como ya lo sugerí al principio, esto es también lo que hace que vivamos una vez más en un momento en el que todo parece aclararse.

La claridad vuelve a ser por los excesos del capitalismo. Es el mismo sistema capitalista el que se está excediendo. Sin embargo, en el capitalismo, el exceso es el producto final. Es la plusvalía por la que se produce todo lo demás. Lo normal es lo anormal. El funcionamiento del capitalismo es él mismo un disfuncionamiento. Es destrucción, desequilibrio, desigualdad.

La agudización de la desigualdad ha sido una consecuencia directa de la exacerbación de la despiadada lógica del capital en su fase neoliberal y ahora neofascista. Esta lógica no sólo agudiza necesariamente la desigualdad por ser una lógica de acumulación, concentración y explotación, sino también por ser una lógica de cuantificación en la que se reduce la dimensión horizontal de

las diferencias cualitativas entre las cosas y las personas a una escala vertical de desigualdades cuantitativas expresables en términos de más o menos, de más o menos caro, de mayor o menor valor, de mayor o menor precio o salario. Como lo han mostrado Marx y sus seguidores, el capital impone semejante cuantificación y reducción de lo diferente a lo desigual porque tiende a sacrificar el valor de uso, el valor cualitativo intrínseco de las cosas y las personas, en beneficio de su valor de cambio, resultante de su valoración cuantitativa económica y mercantil en los términos del equivalente universal del dinero.

Digamos que el capitalismo, al hacer que todo pueda comprarse, lo reduce todo a su precio que puede ser mayor o menor. Esto hace que todo se distribuya en una única dimensión vertical en la que tanto las cosas como las personas están siempre unas por encima de las otras. Es así como llegamos a la verticalidad unidimensional, como diría Marcuse (1964), en la que sólo hay desigualdad y ya no diferencia alguna entre lo que somos unos y otros.

¿Cómo no entender que aquello que nos hace diferentes haya sido insistentemente reivindicado por la insurrección mundial que vivimos desde la crisis de 2008? La reivindicación de la diferencia es paradójicamente una reivindicación de la igualdad. Es la reivindicación de la dimensión horizontal de las diferencias cualitativas entre las especies, las culturas, los sexos o las preferencias sexuales contra el capitalismo neoliberal y neofascista con su escala vertical en la que sólo hay desigualdad, es decir, opciones mejores y peores, así como personas más o menos valiosas que merecen tener

más o menos poder, más o menos derechos, más o menos riqueza.

Los excesos neoliberales y neofascistas del capitalismo han convertido el mundo en un gran mercado en el que todos somos desiguales, todos somos lo que indica nuestro precio, todos valemos más o menos en función de nuestra clase, nuestra especie, nuestro sexo, nuestro color de piel, nuestra nacionalidad o nuestra cultura. Es también contra esta verticalización que luchan los sujetos insurrectos en el mundo entero. Su insurrección es también contra las desigualdades y por ello mismo es también una insurrección por sus diferencias. Esta insurrección los está subjetivando, en efecto, como seres diferentes, pero iguales, tan radicalmente iguales como sólo pueden serlo sujetos irreductiblemente diferentes.

Los sujetos se están diferenciando al constituirse a través de su insurrección. La subjetivación es aquí también una diferenciación. Esta diferenciación podría ser un criterio para distinguir la actual izquierda radical con respecto a la ultraderecha masificadora que intenta disolver las diferencias en desigualdades.

Contra las masas homogéneas y conservadoras, hemos visto a las multitudes tan diversas y coloridas, negras y rojas y violetas y verdes. Las hemos visto en Brasil, Chile y Bolivia, Líbano y Francia. Las estamos viendo ahora mismo en Colombia. Seguramente las continuaremos viendo en otros lugares.

Referencias bibliográficas

- Bobbio, N. (1996). *Derecha e izquierda: razones y significados de una distinción política*. Taurus.
- Brosimmer, F. J. (2002). *Ecocide: A short history of the mass extinction of species*. Pluto Press.
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre: un desafío para la democracia*. Paidós.
- Echeverría, B. (2007). Imágenes de la blanquitud. *Sociedades icónicas. Historia, ideología y cultura en la imagen*, 21, 15-32.
- Echeverría, B. (2014). *Modernidad y blanquitud*. Era.
- Engels, F. (1884). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Colofón, 2011.
- Giroux, H. A. (2015). *Against the terror of neoliberalism: Politics beyond the age of greed*. Routledge.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Hartmann, H. (1976). Capitalism, patriarchy, and job segregation by sex. *Signs: Journal of women in Culture and Society*, 1(3), 137-169.
- Hernández Mora, S. (2021, 28 de abril). Colombia protesta contra la reforma tributaria. *El Mundo*. En <https://www.elmundo.es/>
- Hobsbawm, E. (1975). *La era del capital, 1848-1875*. Paidós, 2019.
- Klein, N. (2007). *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. MacMillan.
- Laponce, J. A. (1981). *Left and Right. The Topography*

- of *Political Perceptions*. University of Toronto Press.
- Marcuse, H. (1964). *El hombre unidimensional*. Planeta, 2014.
- Marx, K. (1843). En torno a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. En *Escritos de juventud* (pp. 491-502). FCE, 1987.
- Marx, K. (1867). *El Capital I*. FCE, 2008.
- Marx, K. y F. Engels (1846). *La ideología alemana*. Akal, 2014.
- Marx, K. y Engels, F. (1848). El manifiesto comunista. En *Textos escogidos* (pp. 99-140). Progreso, 1979.
- McIntyre, L. (2018). *Post-truth*. MIT Press.
- Moreno Castillejo, Á. E. (2016). *Los falsos positivos en el marco del discurso de la Seguridad Democrática*. Tesis Doctoral. Universidad del Rosario.
- Navarro, V. (2007). Neoliberalism as a class ideology; or, the political causes of the growth of inequalities. *International Journal of Health Services*, 37(1), 47-62.
- Obinger, H., & Schmitt, C. (2011). Guns and butter? Regime competition and the welfare state during the Cold War. *World Politics*, 63(2), 246-270.
- Pavón-Cuellar, D. (2020a). A esquerda radical e sua resistência contra a direitização: o caso de Maria de Jesús Patricio no México. En Hur, D. U. & Sabucedo, J. M. (Eds), *Psicología dos extremismos políticos* (pp. 264-290). Ed. Vozes.
- Pavón-Cuellar, D. (2020b). La violencia en la ultraderecha latinoamericana. La opción por la desigualdad y lo real del capitalismo. En V. F. Falletti, E. M. Juárez Salazar y R. Delgado Deciga (coords), *Política y violencia: aproximaciones desde la psicología social* (pp. 43-58). Terracota y UAM-X.
- Pavón-Cuellar, D y. Capulín Arellano, M. C. L. (2019). Capitalismo, patriarcado y explotación sexual: explotar el alma para explotar el cuerpo. En M. Alcalá (coord.), *El frenesí sádico de la infamia* (pp. 65-88). UMSNH.
- Pedrosa, F. (2011). Entre la espada y la pared. La construcción de discursos alternativos durante la guerra fría (1945-1965). *Sociedad y Discurso*, 19, 1-25.
- Pérez, G. R. y Aranda, J. L. (2020, 31 de diciembre). La pandemia dispara las fortunas de los más ricos del planeta. *El País*. En <https://elpais.com/economia/2020-12-31/la-pandemia-dispara-las-fortunas-de-los-mas-ricos-del-planeta.html>
- Piketty, T. (2013). *Le capital au XXIe siècle*. Seuil.
- Plehwe, D. (2016). Neoliberal hegemony. En *Handbook of Neoliberalism* (pp. 89-100). Routledge.
- Quijano, A. (2019). Colonialidad del poder, raza y capitalismo. *Debates en Sociología*, 49, 165-180.
- Rojas, C. (1995). *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!* Salamanca, 1936. Planeta.
- Schram, S. F. (2015). *The return of ordinary capitalism: Neoliberalism, precarity, occupy*. Oxford University Press.

- Sloterdijk, P. (1983). *Crítica de la razón cínica*. Siruela, 2003.
- Terradillos, J. (2020). *Aporofobia y Plutofilia. La deriva jánica de la política criminal contemporánea*. Bosch.
- Whyte, D. (2020). *Ecocide*. Manchester University Press.
- Žižek, S. (1989). *The sublime object of ideology*. Verso, 2008.